

CHARLES TOMLINSON  
DOS POEMAS MEXICANOS

TRADUCCIÓN DE ULALUME GONZÁLEZ DE LEÓN

LA PLAZA

Este cuento es la gente  
y lo que hace en este sitio:  
estarse en una banca  
o cruzarlo. Saca el sol  
de la tarde avispones:  
a nadie hostigan, también ellos  
huelgan al borde mojado de la fuente  
y se impregnan de paz y de agua—  
hasta que llega un niño,  
se quita un zapato  
y metódicamente  
emprende su exterminio. Tiene el rostro  
y la feroz concentración  
de uno de esos dioses zapotecas  
que hay que nutrir con sangre. A rastras,  
calzado a medias, lo aparta su madre  
de allí, y le pone otra vez el zapato  
sobre el calcetín polvoriento.  
Pasan pies, descalzos algunos,  
algunos con sandalias, como los de esos indios  
que cruzan, cuatro juntos, cargando una cama  
—¿piensan dormir aquí?—: su paso  
es más rápido y vivo que el de esas hormigas  
que a nuestras plantas remueven —algunas  
con sus antenas; otras,  
a cuesta su carga—  
una polilla muerta,  
grande como un pájaro.  
Y mientras se espesa la sombra,  
en el quiosco-mirador de la música  
la banda empieza a congregarse.  
Sería tropical el aire si no fuese  
por el soplo de la sierra:  
lo enriquece aquí el aroma

de la jacaranda y la trementina  
 de los limpiabotas niños  
 a ras del suelo atareados—  
 contra el cuero sus trapos rechinan  
 como el reclamo insistente de un pájaro iracundo.  
 El director se yergue; hace  
 restallar su batuta contra la partitura  
 —polillas, en círculos, ciernen la luz del kiosko—  
 y se sienta después de cada pieza.  
 Cae la luz sobre los panqueques  
 de las chatas gorras militares  
 que oscilan, se inclinan,  
 cuando debajo de ellas los músicos  
 uno con otro conversan —luego,  
 más golpes de batuta. Ha de ser  
 la presencia de tantas flores la que enriquece los cobres:  
 los tangos toman un aire trágico,  
 pero el opaco perfume  
 hace, en tiempo de vals, que las modulaciones  
 parezcan una invitación —no sólo al vals  
 sino al pensamiento: tal vez sea posible  
 (al menos momentáneamente)  
 decidirse a morir como Carmen  
 y luego a brotar como una flor.  
 Pasa un hombre cargando un pescado  
 de la mitad de su estatura  
 envuelto en plástico, pero nadie  
 lo mira. Ni escucha nadie  
 al niño en andrajos que vende  
 flores artificiales pregonando en inglés,  
 dulce y enfático: “Flowerrrs!”  
 Tacones altos, pies descalzos,  
 en torno a la cúpula de estaño del kiosko,  
 al ritmo de la banda desfilan: ésta  
 es la democracia de la tierra templada—  
 una contradicción  
 en un pueblo heredero  
 de tanto pundonor; y sin embargo  
 en todo ese ir y venir  
 no hay frontera precisa: los dependientes  
 de las tiendas, los hijos del gobernador,  
 el vendedor de globos en forma  
 de pulpos, las cabezas con paliacates  
 sobre lactantes envueltos en rebozos  
 comparten el espacio  
 con un trío de sordomudos  
 que conversan haciéndose señas,  
 todos ellos arrastrados por el movimiento

de este pulso rítmico  
 que no pueden oír. Los músicos  
 guardan sus instrumentos para irse:  
 los paseantes no han dicho lo que tenían que decir  
 y siguen adelante  
 bajo los árboles centenarios.  
 La luna ha logrado liberarse  
 del encierro de ramas que cubre la plaza,  
 y se planta desnudamente a medio cielo: una purista.  
 Las hormigas, sin duda, devoraron ya a su presa.  
 Y el pescado... tres hurraños oaxaqueños  
 lo cortan y lo cuecen: habrá de cenarlo  
 un grupo de suizos de habla francesa  
 en el Hotel Calesa Real.  
 Los avispones que no se regresaron  
 son, en el borde de la fuente,  
 manchas que el agua poco a poco borra;  
 alargan en la noche  
 sus abluciones suspiradas  
 en la quietud que no turba ya nadie  
 hacia corolas y estrellas profusas.

#### EN HUEXOTLA

Alta en su terraplén, El Paupérrimo—  
 la iglesia más pobre  
 de México y la más  
 diminuta.

Pero no la visión  
 del sitio: su sonido  
 nos impulsó a apretar el paso  
 y salvar la distancia

entre nosotros y ella:  
 qué maraña, qué escalas, qué oleaje,  
 brotaba de ambas torres,  
 aunque no de campanas.

¿Quién compondría, allí, un cuarteto  
 para flautas? —y sin embargo  
 no era otra la música  
 que para asaltarnos brotaba.

Un exiguo interior:  
 sol sobre el oro:  
 timbres de flauta sobre flauta  
 seguían desplegándose.

Flanqueando el altar,  
 colgaban jaulas con pájaros,  
 y la alquimia de la luz transmutaba  
 oro en canción—

porque la luz, con su brillo,  
 había destado a aquellas jaulas  
 en sonoro concierto, y sólo  
 podía apagarlas la noche.